

UN TEMPLO CATEDRALICIO

Para todo viajero que tenga interés en conocer a fondo la región manchega, una de las más encantadoras de nuestro suelo patrio, será muy importante la manifestación artística de sus pueblos, anchos, blanqueados, bellos y generosos donde podrá admirar, además de plazas porticadas con especiales características, fachadas notables, palacios solariegos y otros monumentos legendarios, unos templos que van desde la ermita más humilde hasta la iglesia monumental, impresionante y suntuosa, capaz de sobrecoger a depurados visitantes, artistas y eruditos exigentes.

Este es el caso de la iglesia de San Blas de Villarrobledo —inmensa ciudad que descuella entre las importantes de La Mancha, con buenas calles, monumentos y recuerdos históricos de indudable valor, donde todavía se conservan dos conventos de religiosas de clausura, tres iglesias parroquiales y otras ermitas, con mención especial para el santuario de Nuestra Señora de la Caridad que, desde un suave altozano, preside el cotidiano vivir de un pueblo fabuloso que además es una inmensa bodega de ricos caldos, sede de exquisita artesanía y de otros galardones.

Pues bien, después de este merecido paréntesis volvamos a San Blas, iglesia que debe buscar el viajero al que me refería al principio y, penetrando por cualquiera de sus tres pórticos, se encontrará dentro de un templo admirable —al que aún no se le ha cantado como merece— de tres naves a la misma altura, más o menos, separadas por elevadas columnas, diferentes en su estilo para mantener arcos apuntados de sección gótica y renacentista con bóvedas de ambos estilos y bella trayectoria.

Estamos ante una obra maestra comenzada en el siglo XV por la influencia gótica en la cabecera y primera crujía; sin lugar a dudas, San Blas se concibe en plena época del plateresco, estilo que despliega su forma a partir del segundo módulo donde las columnas, bóvedas, ventanales y portadas corresponden perfectamente a la forma constructiva de Vandélvira. Pero a cualquier observador entendido y amante de estas obras no se le escapará que la monumental iglesia de San Blas avanza rápidamente hacia el "alto Renacimiento", aunque a sus pies cobije todavía la ermita de San Nicolás, con su portada flamígera y bastardo goticismo en su interior, ya bastante sofocado por el yeso y reformas sufridas con el paso de los años donde estuviese alojado el coro.

No pretendo hacer historia; solamente leer en el libro abierto de sus piedras y formas arquitectónicas que me permite estudiar con claridad lo que significa y el porqué de la grandiosa obra de San Blas. También lamento el poco espacio para escribir procurando no empalagar a nadie con mi lectura; debido a esto se me quedarán muchas cosas en el tintero.

Se trata de una iglesia de planta basilical con dos filas de columnas. Las inmediatas al presbiterio, góticas, comparables a las de su estilo en las mejores catedrales, el resto se compone de columnas apilastradas con altos basamentos y capiteles decorados con flores y alguna cabeza de ángel de acertada ejecución que tienen gran semejanza con las de la iglesia de Villacarrillo (Jaén), obra de Andrés de Vandélvira. Pero la labor queda

portadas laterales, donde se empotra en la vieja iglesia continuando hacia la Plaza Vieja con medias columnas adosadas, muros, arranques de arcos, capillas y cañoncillos en los ángulos terminales que marcan perfectamente el plano de la gran iglesia a cuyos pies, en la nave de la Epístola, se abre un arco de medio punto muy renacentista, diríamos herreriano, proyectado como entrada al baptisterio, desde donde arranca una estupenda y bien labrada escalera de caracol de husillo en espiral, proyectada

